

Y así es en efecto; sólo que ese fondo se halla actualmente tan hondo y tan oscurecido *por la letra muerta*, que no se distingue ni con la linterna de Diógenes. También es verdad que los principios de fraternidad y compasión informaron las bases del cristianismo primitivo. Pero bien pronto perdió de vista tan sublimes ideales, como seguramente lo sabe «Lucrecio», iniciando sus procedimientos de imposición y desamor con la descuartización de la sabia y pura Hipatía en las calles de Alejandría, por el delito de inspirarse en las enseñanzas que sustentamos. Será preciso evidenciar una vez más de la piadosa manera que el llamado cristianismo en sus múltiples modos de ser ha ejercido la piedad, la fraternidad, el amor á todos los seres, que debiera haber sido la norma de todos sus actos y enseñanzas? ¿Dónde encontraremos la alianza, los sentimientos fraternales entre las religiones existentes? ¿Cabe esperarla entre las sectas cristianas, y las de los adeptos del Mosaismo, de Alí, de Mahoma, etc.? Pero los teosofistas, en cambio, podemos sentir la satisfacción de ver cómo se realiza esta parte de nuestro programa, considerando que en las filas de la Sociedad Teosófica figuran ya partidarios de todas las creencias, gentes que pertenecían á los pueblos más apartados de la tierra: y como testimonio aun más evidente de la necesidad que llena esta sociedad, citaremos el hecho de que el coronel Olcott logró realizar la unión entre los muchos millones de adeptos de las iglesias Budhistas del Norte y del Sur que hacía tiempos estaban divididos; y obras son amores.

Para muestra de las *trascendentales enseñanzas científicas* de los libros indus, bastaría tan sólo conque «Lucrecio» se sirviera estudiar y comprender un fragmento del Mahabarata, el Bagavadgita ó Canto del Señor; pero existe la dificultad de que *realmente hay que leer entre líneas* para aprender á descubrir el tesoro que en ese fragmento se encierra, y es más: se requiere la intervención de un instructor competente, cuyos títulos no los da Salamanca. César Cantú, opina de modo diametralmente opuesto al de Lucrecio y á esta opinión creo más prudente seguir ateniéndome.

«El párrafo de pesadas descripciones y aventuras interminables del Mahabarata y el Ramayana», son la urdimbre simbólica

que oculta enseñanzas maravillosas referentes á las leyes de la Naturaleza, su evolución y finalidades, de las cuales ahora se va dando algún conocimiento general, de acuerdo con las necesidades de los tiempos. En cuanto á estética recordaremos que «de gustos no hay nada escrito».

¿Podrá haber algo más antiestético que nuestra indumentaria; que el nivel del modernismo en Literatura y en Arte?...

En cuanto á la oportunidad de convencer á los que *tengan oídos*, de que la Teosofía es algo más que una vana quimera, le debería bastar á Lucrecio el tomarse la molestia de considerar quienes son los que en el mundo han profesado ese conocimiento, y cuantos son y quienes los que actualmente lo profesan; pero no tenga cuidado, que ya llegará la ocasión que desea. Suponer que no está ilustrando la Teosofía á la Sociedad humana es desconocerla, y así se comprenden y se explican las ludas de «Lucrecio». Lea las admirables obras que continuamente se producen por todas partes, bajo la luz de la Teosofía.

(Continuará).

\*  
\* \* \*

(Del *Corriere della Sera*, correspondiente al 17 de agosto último.)

## Los nuevos pequeños caballeros del mundo

**D**ios sea alabado! Cerca, y á despecho de los nuevos medios de defensa y ofensa que continuamente surgen, y que cuestan millones y millones á las naciones; á despecho de estos verdaderos espantajos que se reducen á polvo antes de haber servido, porque en el mismo tiempo han salido otras máquinas infernales de destrucción; pese al conocido proverbio latino que ha prevalecido á través de los tiempos y que dice: «*Si vis pacem, para bellum*», la nota fundamental de este nuestro siglo xx es buena para los hombres, y fundamentalmente favorable á la paz universal, al internacionalismo.

De repente, después de la guerra con los boers, fué Inglaterra invadida por un descorazonamiento profundo: no obstante los enormes dispendios del Gobierno, hechos en favor de su pueblo, se debió constatar la falta casi absoluta entre los ingleses, de la cosa más necesaria: la disciplina. La juventud inglesa carecía de aquel sano dominio de sí mismo tan necesario en la vida, siendo de preveer por consecuencia, que la mayor parte de ella se habría dado á la tibieza, en tanto que el resto, dotada de menor vitalidad, habría sostenido una resistencia pasiva para con las autoridades.

En general se hacía sentir la carencia de disciplina, hasta el punto de que algunos desearon que se adoptara el sistema militar mismo en todo el Imperio y por todas las clases sociales, método el más impopular que puede ser concebido por la

mente moderna. En el mismo instante en que los ánimos se inclinaban á discutir el asunto, aparece un libro apropiado para levantar grandes rumores; era su autor *Sir Robert Baden-Powell*, uno de los generales de la guerra boer, y se intitulaba: «*Scouting for Boys*».

• El librito, dedicado á los niños y al modo de educarlos, hablaba de un nuevo sistema, proclamando el interés de los pequeños, á los cuales deseaba el autor que se les preparase una vida llena de apacible labor, repleta como la del hombre, de la idea de llegar á una meta. A este fin, el general, viniendo á ser educador, quiso congregarse á todos los jovencitos en una especie de sociedad, una «fracmasonería», cuyos miembros, ligados por un juramento, y convenientemente educados, pudieran servirse unos á otros haciendo valer su responsabilidad, viniendo á constituir un verdadero cuerpo, realmente lleno de fuerza y de vigor, á cuyo propósito habíamos prestado poca atención hasta aquí.

Todos aquellos que amamos y comprendemos á los niños y su naturaleza, podemos preveer cuál sería el éxito de la idea. En efecto, los jovencitos se apresuraron á hacerse inscribir, y muchos entraron á formar parte en las filas de estos «caballeros», siendo la característica de tal asunto, el que todas las reformas traídas por el general *Powell* son ni más ni menos que las hechas por los mismos muchachos.

Fué nombrado un consejo directivo para sobreentender en el funcionamiento de la liga, y durante algún tiempo todo anduvo bien; pero, poco después, lentamente, el método comenzó á degenerar: se encaminaba sin darse cuenta de ello hacia el militarismo. Efectivamente, los «*Boy Scouts*» comenzaron á tomar parte en las excitaciones militares, y gradualmente llegaron al punto de creer que la guerra fuese una condición de vida, y que la lucha de razas habría debido durar necesariamente hasta el fin del mundo. Viendo que estos «*Boy Scouts*» caían poco á poco é inevitablemente en el engranaje del militarismo, adquiriendo así una tendencia opuesta á la gran idea humanitaria, y para enseñar también que todo «*Scolta*» debe considerarse hermano de los demás, fundó *Sir Frances Vane* el año pasado, otro cuerpo de niños y jovencitos,

que quiso designar con el grato nombre de «*National Peace Scouts*».

El programa, lo llamaré así, continúa siendo aquel que fué el programa de su predecesor; pero para evitar todo olor de militarismo en él, formó Sir Francis Vane el Consejo directivo del nuevo cuerpo con personas connotadas en el campo de la pedagogía y entre los educadores más apreciados, y reunió toda la sociedad ya existente de «*Scouts*» que se mostraba deseosa de volver á la tendencia inicial de su existencia. Así, el movimiento volvió á tomar su primera y mejor dirección, siendo un sano despertar educativo, ya en el sentido físico, ya en el moral, alejado del peligro de degenerar en el más ó menos estrecho sistema de reclutar los jóvenes para el ejército. Esta fué la primera idea del movimiento.

Ahora vamos á ver quiénes son, y qué cosa son estos «*boy knights*», y en qué consiste este nuevo orden de caballería que cuenta entre sus hijos una buena mitad de los niños y de los jóvenes ingleses, y que gracias á la actividad de *Sir Francis Vane*, existen ya algunos secuaces en Italia, en *Bagni di Lucca*, donde el noble inglés, el padre de todos los pequeños, pasa regularmente sus vacaciones del estío. Es seguro que una Federación entre los niños de toda la tierra podría llegar á ser, después de no mucho tiempo, una fuerza verdadera y propia y no sin importancia en la historia de los pueblos, si ellos llaman hacia la misma á estos hombres futuros prometiéndoles la realización, en alguna parte al menos, de sus bellos sueños de admirables aventuras, y de vida libre al aire libre, lo que promete á las naciones el hacer de estos pequeños «caballeros errantes» tantos pequeños y verdaderos «caballeros» leales á sí mismos y á sus hermanos de la misma tierra, y de las otras tierras.

Los vemos así, efectivamente, en Inglaterra, durante las cálidas jornadas del estío, ó durante los días de fiesta del invierno, agrupados en forma militar por las campiñas ó por las calles de las ciudades, observando atentamente la vida que se desenvuelve á su alrededor, fieles á una consigna que han recibido y á la cual obedecen con placer, porque ella excita el amor propio y acrecienta algo aquel su *yo* que sienten potente

en sí. Pero ¿qué es lo que hacen aquellos jovencitos «Escuchas» por tales caminos? ¿Qué cosa es la que buscan con tanto empeño, con tal devoción, que en estos nuestros tiempos de indiferencia glacial, nos hace percibir un sentimiento divino de frescura y de paz? Muchas cosas pequeñas y útiles: como ejemplo, podemos aducir que ellos han sido enviados para ver si en las calles encuentran á alguien que tenga necesidad de auxilio, ó bien se les ha encargado de dar aviso al cuerpo de bomberos más cercano, si se prende fuego en alguna casa ó tienda, ó simplemente de pasear en torno de lugares determinados procurando examinar sus características, etc. Todo esto se encuentra arreglado de conformidad con un método establecido, que tiene por fin único ejercitar la inteligencia y el poder de observación propio de los niños, y dirigir sus energías hacia el bien común. Así, poco á poco, se ve como van desenvolviéndose y manifestándose en progresión cada vez mayor sus diversas tendencias. Todo aquello que resulta un trabajo excesivo y fatigoso para el instructor que tiene á su cargo 30 ó 40 alumnos, lo hace por sí misma la pequeña escolta, insensible, apaciblemente, observando la vida que le rodea, estudiando esta vida varia, grande, «viva». Se divierten durante sus excursiones, y divirtiéndose amparan: saliendo á paseo van ellos á una nueva escuela, á una escuela al aire libre, amplia, varia, sana.

Pero no supongamos que los muchachos inscritos en las escoltas van así solos y sin un guía, expuestos á un accidente desgraciado; nó. Ellos llevan sus «*Scouts masters*», á los cuales se les confía la dirección de un, llamémoslo así, «pelotón», siendo estos *Scouts masters* personas que han logrado hacerse amar de los niños, y quedan sus fiadores sabiendo hacerse obedecer sin chocar con ellos.

De qué manera se les habla á estos niños para que, unidos á los mayores, recorran las calles y los campos, de día y de noche, es lo que se enseña por *Sir Francis Vane* en uno de sus discursos, simple y elevado, que directamente se dirige á sus colegas grandes y pequeños.

«Nosotros—dice él—nos unimos para descubrir en determinado sentido nuestra vocación para ayudar á los demás.

Tenemos deberes que cumplir y los cumpliremos. Pero, hemos de advertir que el primero de nuestros deberes es la lealtad, la cual no será demostrada con seguir ciegamente á un hombre ó á una bandera: que el ser leal lleva consigo el propósito de hacerse respetar, pues ya sabemos que nuestra bandera no es otra cosa que el símbolo de un noble ideal, y que nosotros miramos al ideal que ella representa.

«Entonces, el ser leal significa reconocer en sí el deber de prestar á todos los compañeros el respeto que de ellos exigimos, aquel que yo tengo hacia los más pequeños que yo. Para marchar de acuerdo con nuestra vocación, no debemos nosotros dejar á los demás el pensar sobre ella, sino que hemos de pensar nosotros mismos, procurando distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

«En nuestros estatutos, á los cuales hemos jurado fidelidad, se recomienda algo muy sencillo, que es lo siguiente: Véis una pobre vieja que duda y teme y no osa atravesar la calle? Bien: acercaos á ella, francamente, sin falsa modestia, y decidle con voz agradable y decidida: «¿puedo ayudarle, señora?» Procediendo así, creais en el momento una corriente de simpatía entre vos y la mujer, y establecéis un lazo que la ignorancia del mundo jamás podrá destruir.

«Proponeos así á prestar ayuda á los que la necesiten. Pero, en cualquier otra cosa que sea: la confidencia. En la vida en común, con los que nos acompañan en nuestras excursiones, en los juegos, en los campamentos, descubriréis poco á poco vuestras mismas tendencias, los mismos deseos vuestros; descubriréis el alma de aquellos que á primera vista amásteis menos, y seréis tan felices como si hubiéseis descubierto un tesoro que nadie os puede robar.

«En vuestra calidad de escolta, consideráis, á la gente de una manera muy distinta de como la puede considerar un cualquiera; estáis obligado por un juramento y por un signo á mirar á los hombres y las cosas desde lo alto, y no desde abajo. Considerando á los hombres y á las cosas por su lado inferior, no veréis de ellos otra cosa que su aspecto menos bello; pronto presentiréis lo malo; pronto lo veréis aparecer. Considerando el mundo desde lo alto, él se desplegará ante

vosotros en toda su mejor perspectiva; veréis la vida grande y bella, sus nobles luchas, sus nobles ardimientos. En vuestros semejantes encontraréis así lo bueno y lo bello, y os inclináis á sentir confianza hacia ellos y en ellos despertaréis sus mejores tendencias. Confiar en el corazón de nuestros semejantes, quiere decir, saberse colocar en un punto mucho más elevado respecto de ellos que aquel que es propio del común de las gentes; quiere decir amparar y adquirir influencia sobre el corazón humano.

Para llegar á tal fin, por otra parte, no hay que descuidar ningún particular del programa, y precisa saber distinguir prontamente nuestro puesto en nuestras filas y saberlo conservar. Debéis proponeros no olvidar aquello que veáis, no solamente con la intención de recordarlo, sino que más bien para habituaros á pensar respecto de aquello que cae bajo el dominio de vuestra atención.

«No habéis comprendido el significado de una palabra? Preguntad por él. Véis una estatua en la calle ó á uno caído bajo de una puerta? Averiguad qué significan y por qué están allí. Durante el paseo no descuidéis en inquirir de aquel que os guía el nombre de los pájaros que veáis, el de las plantas, de los objetos y habituaros á reflexionar acerca de ellos, á establecer comparaciones, á criticar con rectitud de juicio.

«Mas, sobre todo, recordaos de que todos nosotros estamos unidos en una fraternidad activa, para el bien del mundo, que nosotros somos «caballeros errantes», en el nombre y los hechos, que debemos estar orgullosos de nuestra divisa así como de nuestra vocación, porque entrambas son nobles, y que nosotros pertenecemos á una nueva, activa caballería distinguida, la cual se impone el juramento de emplear toda nuestra actividad y nuestra fuerza para hacer mejor nuestra tierra, y mejorar todo el mundo.»

He aquí la fórmula del juramento que se requiere de todo escolta ó explorador, en el momento de ser inscrito en el cuerpo:

«El explorador,  
sobre su corazón debe prometer:

1º Cumplir sus deberes hacia Dios, su Rey y su País.

2º El ayudar á cualesquiera que sean á toda costa.

3º Creer en la palabra del hermano explorador, y de decir siempre la verdad; si no la dice, deja de ser un explorador.

4º El explorador es leal; él defiende á su amigo y particularmente á su compañero, en cualquier ocasión que sea menester.

5º El explorador es el amigo y el hermano para todo otro explorador rico ó pobre, afortunado ó desafortunado.

6º El explorador es cortés con todos, especialmente con los débiles, las señoras y los niños, los inválidos y enfermos. El explorador es caballero, es fuerte, y debe mostrar su fuerza ayudando á los débiles.

7º El explorador es el amigo de todas las criaturas vivientes; no permitirá jamás que á ningún animal se le haga sufrir inútilmente. Ellos, los exploradores así como S. Francisco, sienten que son hermanos de todo ser viviente, porque los ama y explorando ha llegado á conocerlos.

8º El explorador ejecuta las órdenes recibidas, con inteligencia, y procura estudiar el significado de las mismas para ajustarse á él. El es un soldado del mundo y reflexiona antes de obedecer.

9º El explorador no le concede importancia á sus contratiempos: él sonrír cuando sufre, porque el dolor pasará pronto, se le acepta riendo.

10. El explorador es económico, pero con discreción. El reserva sus dineros, no para sí, sino para tener los medios de ayudar á los otros».

El juramento debe ser igual para todos, porque su carácter más simpático, es aquel que *Sir Francis Vane* tiene en más, que es la internacionalidad de la institución, la cual debe permitir á los niños de cualquier país que sean, considerarse hermanos, debiendo arraigar entre ellos el deseo de la fraternidad y la convicción de que la guerra es el mayor flagelo de las naciones; y que los hombres del porvenir no podrán encontrar el equilibrio anhelado sino respetando la Paz y mirando á todos los hombres como hermanos.

La última palabra que dirigió el gentil hombre inglés á

sus pequeños y grandes oyentes de los «*Baños de Lucca*», cuando se fundó el primer cuerpo de «*Exploradores italianos*», es la más bella manifestación de estos votos suyos, y no podré concluir de mejor manera mi decir, que trasladándola. Hela aquí:

«Los jóvenes ingleses os han pedido la unión con ellos, y el demostrar como ellos que el más noble patriotismo es aquel que ennoblece un país dando su nombre y sus hijos, fuertes y atrevidos, para luchar contra el mal y la mentira, inteligentes y hábiles para amparar todo aquello que es noble y bello y puro y tierno de corazón, como vuestro gran Garibaldi, del cual se puede decir que era el más tierno de todos los valerosos. Él se preocupaba, no sólo de los hombres y las mujeres, sino que también de las alegrías y los dolores de los animales; siendo niño lloraba sobre un caballito herido, y de adulto hizo cesar el fuego en una batalla para salvar la vida de un pequeño chicuelo. El amaba á toda criatura viviente, porque, como él decía, en toda cosa se halla contenido un soplo de vida eterna. Yo estoy cierto de que si él estuviese todavía vivo, sería hoy la cabeza de los pequeños exploradores italianos.»

Esperemos: en el nombre venerado de nuestro Héroe, en el nombre del querido *Li Francis Vani*, salud á los pequeños *prodi* de todo el mundo; salud á los nuevos «*Exploratori*» de Italia.

HELEN ZIMMORN

(Traducción de Tomás Povedano).

\*  
\* \* \*

## Memoria Antigua

### I

No faltó nada: fiebre, desaliento,  
Pavor á lo futuro inexplorado,  
Y visiones de horror en torno mío,  
Y á la vida fugaz amor violento,  
Y en congoja suprema el beso frío  
De la muerte después... Sí, que yo era,  
Yo mismo el muerto: mi último suspiro  
Exhalado ya estaba  
Con mi última agonía.  
Mas ¿por qué, padre Júpiter, seguía  
Viendo á mi alrededor, por qué miraba  
De tu imagen las lámparas inciertas,  
El haz de rayos en tu diestra mano,  
Y á tus piés como emblema soberano,  
El águila inmortal de alas abiertas?  
¿Por qué seguía oyendo? Un fiel amigo  
Hablaba, y su voz era como leve  
Aura sutil que ni las hojas mueve;  
Y yo, mudo testigo,  
No perdí una palabra, ni un acento  
De aquella voz querida:  
¿Qué había pasado al acabar mi vida  
Y mi postrer aliento?...

Me volví con asombro, y mi cadáver,  
Tendido sobre el lecho, estaba inmóvil  
Con el reciente sello de la muerte.  
No hay duda, no; aquél era  
Mi cuerpo agigantado,  
Mi faz aquella pálida y severa:  
Aquellos brazos rígidos, nerviosos,  
Aquel robusto pecho,  
Por el postrer suspiro aún levantado,

## Memoria Antigua

### I

No faltó nada: fiebre, desaliento,  
Pavor á lo futuro inexplorado,  
Y visiones de horror en torno mío,  
Y á la vida fugaz amor violento,  
Y en congoja suprema el beso frío  
De la muerte después... Sí, que yo era,  
Yo mismo el muerto: mi último suspiro  
Exhalado ya estaba  
Con mi última agonía.  
Mas ¿por qué, padre Júpiter, seguía  
Viendo á mi alrededor, por qué miraba  
De tu imagen las lámparas inciertas,  
El haz de rayos en tu diestra mano,  
Y á tus piés como emblema soberano,  
El águila inmortal de alas abiertas?  
¿Por qué seguía oyendo? Un fiel amigo  
Hablaba, y su voz era como leve  
Aura sutil que ni las hojas mueve;  
Y yo, mudo testigo,  
No perdí una palabra, ni un acento  
De aquella voz querida:  
¿Qué había pasado al acabar mi vida  
Y mi postrer aliento?...

Me volví con asombro, y mi cadáver,  
Tendido sobre el lecho, estaba inmóvil  
Con el reciente sello de la muerte.  
No hay duda, no; aquél era  
Mi cuerpo agigantado,  
Mi faz aquella pálida y severa:  
Aquellos brazos rígidos, nerviosos,  
Aquel robusto pecho,  
Por el postrer suspiro aún levantado,

Eran míos también. Junto á mi lecho  
Pendientes ví trofeos belicosos;  
Mi espada, de los bárbaros temida  
En la feroz batalla,  
Mi coselete de doblada malla,  
Mi lanza no vencida,  
Y mi redondo escudo tan brillante  
Cual la cara del sol. Allá en el fondo  
De la estancia capaz, con tristes notas  
Filtraba la clepsidra lentas gotas  
Para medir el tiempo. ¿Qué tenía  
Yo que ver con las horas cuando había  
Sonado para mí la de mi muerte?  
¡Misterio impenetrable! A mis amigos,  
A mi mujer y esclavos con voz fuerte  
Llamé; no respondieron:  
Volví á gritar; amenacé; vibraba  
Mi acento como el trueno en la ancha esfera,  
Y ¡ay de mí! no oyeron.  
¿Por qué mi voz en balde resonaba?  
Me puse ante su vista y no me vieron.  
¿Es posible que nadie allí me oyera,  
Que no me viese, por mi mal, ninguno?  
¿No los veía yo? ¿No percibía  
Mi oído atento hasta el rumor más leve,  
Hasta el lejano andar de alguna esclava  
Que el pie desnudo sobre el mármol mueve?  
Quise empuñar mi espada, y ¡ay! en vano;  
Pesaba cual un monte. Hércules grande  
¡Pues qué! ¿no era la misma que en mi mano  
Como serpiente con furor silbaba  
Y el campo de batalla iluminaba  
Con funestos relámpagos?... ¿Qué cosa  
Era yo entonces? Larva miserable,  
Vana sombra ó espíritu impalpable,  
Invisible fantasma temerosa,  
Que piensa, y viene, y va desconocida,  
Activa ya, ya inerte,  
Y sintiendo á la vez su propia muerte,  
Y una crepuscular, extraña vida.  
Todos se fueron, y quedéme solo:  
Solo entre aquellos fúnebres blandones  
De mustia luz y de fulgor escaso,  
Y gigantescas sombras, que temblaban  
Sobre las armas y los paños rojos.  
Luégo mi esposa entró con mudo paso,  
Besó mi frente y me cerró los ojos,  
Que inmóviles y turbios no miraban.  
Sus labios murmuraban

Palabras que no oí, mas complacían  
Mi espíritu anhelante;  
Que en su apenado y celestial semblante  
El amor y piedad resplandecían.  
Tal vez su adiós postrero  
Me daba allí mi Julia suspirando,  
Ó rogaba á los dioses inmortales:  
Por mí rogaba, y yo verdugo fiero  
Fuí de su corazón. ¡Cómo llorando  
Me cautivaba ahora!  
¡Cómo besarla hubiera yo querido  
Y decirle: Tu esposo, arrepentido,  
Vivo te desdeñó; muerto te adora!  
Muerto no, que una vida inexplicable  
Con efluvios ardientes me envolvía,  
Vislumbrando otros mundos y otros seres:  
Con pavor á mi cuerpo miserable  
Mi desligado espíritu decía:  
"Yo, soy yo mismo; pero tú, ¿quién eres?"  
No lo sé; le llamaban por mi nombre,  
Y en aquél mismo día lo lavaron,  
Las pálidas mejillas le pintaron...  
¡Qué no profana el hombre!  
Peinaron la revuelta cabellera,  
Y luego de laureles la ciñeron:  
Bajo gloriosa, militar bandera,  
Que cimbros, persas y árabes temblaron,  
Aquel despojo en túmulo extendieron,  
Y en torno colocaron  
Lámparas y perfumes, y se fueron.  
Mas apenas brilló la nueva aurora  
Mi cuerpo sacan, y la inquieta plebe  
Que en derredor de mi palacio hervía,  
Levanta al cielo aclamación sonora,  
Y *ese es Antonio, el Triunfador*, decía.  
Yo iba detrás de mi cadáver, viendo,  
Viéndolo todo: en procesión solemne  
Sobre doradas pértigas llevaban  
Los bustos de mis ínclitos mayores:  
Luego, ceñidas de ciprés y flores,  
Compradas plañideras avanzaban  
En torno de mi féretro llorando:  
Y en pos los gladiadores,  
Y mi caballo con purpúrea silla,  
Y mis clientes en espeso bando,  
Y mis amigos, y los rostros fieros  
De una legión de astados con coraza,  
Antiguos compañeros.  
Y en anchurosa plaza

La pira rodearon,  
Arrojaron mi féretro en el fuego  
Y con himnos triunfales me ensalzaron.  
Mas yo... yo me vi luego  
Ante mi Juez: sus ojos inmortales  
Mi miseria miraron impasibles,  
Y oí gemidos de dolor terribles,  
No cánticos triunfales.

## II

Y ahora... ¡cómo lo recuerdo ahora!  
Sí, que yo soy aquél, yo soy el mismo;  
Me lo grita mi alma vencedora  
Del tiempo y de la muerte y del abismo.  
Yo soy Antonio, el legionario oscuro  
Que bajo el sol del África luchaba,  
El centurión feroz que en el Oriente  
Contra el persa y el árabe pugnaba,  
Y con espada y lanza acometía:  
Ceñí casco de plata refulgente  
Allá en la Galia y la Germania un día,  
Cuando legado y comensal de César  
El favorito audaz de la victoria,  
Llevaba mi veloz caballería  
Al peligro y la gloria.  
Veinte siglos pasaron,  
Y del libro tenaz de mi memoria  
Las páginas de bronce respetaron.  
Mas hoy ¡oh cielo! en la comedia humana!  
Figura miserable y sombra vana,  
¿Qué papel es el mío?  
¿Quién soy? ¿Qué es lo que espero?  
Hoy bajo el techo de hospital sombrío  
Abandonado muero.  
Muero otra vez: ahora  
No cerraré los ojos fatigados  
Entre bordadas púrpuras de Tiro  
Más bellas que los velos de la aurora,  
Ni áuros artesonados  
Recogerán mi postrimer suspiro,  
Ni en torno mío quemarán mañana  
El sándalo de Persia y mirra indiana.  
Frialdad, silencio, indiferencia veo  
Alrededor de mí: sólo se escucha  
El último estertor del moribundo  
Que con las sombras que le cercan lucha:  
El horror es profundo,

Quejumbrosos los ecos y apagados,  
La sala inmensa, fúnebres las luces,  
Altísimos los techos,  
Y á las largas paredes arrimados  
Bajo de negras cruces  
En doble hilera están los pobres lechos  
Aquí cien hombres su dolor apuran,  
Y solo cada cual con su agonía,  
Mientras pálido asoma el nuevo día,  
Blasfeman, rezan, duermen ó murmuran.  
Y allá en el fondo, al resplandor incierto  
De una lámpara mustia, suspendido,  
Bajo rojo dosel descolorido,  
Allí estás tú crucificado y yerto,  
Cristo, mi Salvador, y tú nos miras,  
Y nos abres tus brazos... ¡Cuán profundo,  
Cuán grande amor inspiras!  
¿Por qué viniste al mundo  
Después de partir yo? ¿Por qué tus ojos  
Con divino esplendor no me abrumaron  
Como soles de gloria,  
Y del pecado en mí la infame escoria  
Con su fuego purísimo limpiaron?  
¿Por qué no pude orar, hablar contigo,  
Ver tu apacible faz piadosa y bella,  
Seguir tus pasos y besar tu huella,  
Ser de tus obras y bondad testigo?  
¡Cómo te hubiera amado, Cristo, y cuánto!  
¡Cómo tu Verbo Santo,  
Cómo tu dulce nombre  
De clima en clima predicado hubiera,  
En Roma, en Grecia, en el remoto Oriente,  
Tu fe llevando al corazón del hombre  
En el campo, en la plaza, en la ribera,  
Frente á los mismos ídolos, y enfrente  
De los leones y del tigre hambriento,  
En el circo sargriento,  
En el potro y la hoguera!  
¡La muerte! No me espanta:  
Me ha besado otra vez, somos amigos:  
Su figura á mis ojos se levanta  
Cual pórtico triunfal de nueva vida,  
Feliz, deslumbradora.  
¿Qué ha sido acaso mi existencia ahora,  
Esta triste existencia oscurecida,  
Sino muerte fecunda y redentora?  
Antes, soberbio, con perpetua guerra  
Sembé luto y estragos;  
De sangre humana en anchurosos lagos

Manché la madre tierra;  
Ahora, humilde, en rústicas labores  
Con incansable afán la cultivaba,  
Y ella, empapada en mi sudor, brotaba  
Para extraño señor frutos y flores.  
Triunfador y abatido,  
Déspota y proletario,  
Idolo y polvo en la comedia humana,  
Miel y hiel en mis labios has vertido.  
Tuve también ¡oh Cristo! mi calvario...  
¿Podré también resucitar mañana?  
¡Ay! ya baña mi frente  
Letal sudor, y como acero el frío  
Los huesos me penetra con su hielo.  
Por el pesado ambiente  
Giran en torno mío  
Vagas visiones con callado vuelo.  
En esta frágil máquina terrena  
Se detienen las ruedas de la vida:  
Vuelve, Cristo, hacia mí tu faz serena,  
Tóqueme el rayo de la luz querida  
De tus ojos profundos;  
Que en la noche cruel de mi conciencia,  
Son para mí el perdón y la existencia  
Y las radiantes puertas de otros mundos.  
¡Oh! espíritus piadosos, recibidme:  
Con vuestras alas candidas cubridme  
Y llevadme á la patria del que llora,  
Del que fué redimido;  
No Antonio el opresor; el oprimido  
Es el que muere ahora.

### III

Al despuntar de nebuloso día,  
Con tono indiferente,  
El enfermero en alta voz decía:  
"¡Muerto, el número veinte!"  
Y aquella noche con silencio mudo  
En sudario andrajoso rodearon  
El cadáver desnudo  
Y en la fosa común lo sepultaron.  
Ni canto allí, ni amigos, ni plegaria,  
Ni una piadosa lágrima siquiera;  
De Antonio el alma se elevó á otra esfera  
Temblando y solitaria.  
Entonces, como el lánguido aleteo  
Del pájaro al posarse en rama leve,

Vibraba el aire inquieto y oloroso:  
Y con brillante y puro centelleo,  
Fulgor de sol y nitidez de nieve,  
La tumba iluminaba un astro hermoso,  
Besábala con rayo cariñoso,  
Y en la hora aquella y soledad sombría  
Algún hondo misterio se cumplía.  
¿Quién sabe? ¿Quién conoce lo infinito?  
Mientras la tierra sobre el muerto echaban,  
Y el silencio y la sombra aquí reinaban,  
¿En aquel gran planeta, astro bendito,  
Cien coros celestiales  
Alzarían tal vez himnos triunfales?

NARCISO CAMPILLO

\* \* \*

## Asuntos diversos

### ADVERTENCIA

Siendo esta Revista órgano de las Logias Virya y Dharana, según anteriormente se tiene prevenido, el material que la informa se publica cuando concuerda con el criterio de una Comisión nombrada al efecto. Tal circunstancia impide dar cabida á determinados artículos y anuncios que nos suelen ser enviados, no obstante su mérito literario, científico, etc., y rogamos á sus autores que se dignen tenerla en cuenta para no darse por resentidos, al mismo tiempo que les podemos asegurar que agradecemos que continúen favoreciéndonos con sus escritos, aquellos que no teman ser comprendidos en la para nosotros obligada selección.

En el próximo número será publicado el articulito que suscribe Una Cubana.

LA DIRECCIÓN

\*  
\* \*

Después de algunos meses de ausencia, hemos tenido la satisfacción de volver á tener á nuestro lado al hermano don José Monturiol, Secretario General de la Logia «Virya» y uno de los entusiastas fundadores de la misma. Durante su estancia en España, cerca de sus padres, ha tenido la oportunidad de estrechar relaciones con varios teosofistas distinguidos de la Corte, y de asistir á sus reuniones, las cuales tienen lugar en el precioso palacio de estilo morisco, propiedad del señor Xifré, presidente de la Logia de Madrid. Allí, entre los hombres de ciencia, nos dice el señor Monturiol, se trata de la Sociedad Teosófica como de un factor poderoso del humano adelanto, llamado á influir notablemente en el bienestar, la armonía y la paz del mundo.

Los hermanos, señores Treviño, Roso de Luna, y todos cuantos han colmado de fraternales atenciones al estimado viajero, trasmisor de sus buenos deseos para nosotros, han sembrado en terreno agrade-

cido, y pueden estar seguros de la reciprocidad cariñosa de sus colegas de Centro América, los cuales quedan deseándoles toda suerte de prosperidades.

\*  
\* \*

Nuestro muy distinguido hermano don Roberto Brenes Mesén, ha publicado últimamente en el diario *La Prensa Libre* un trabajo digno de su reconocida ilustración y competencia, en el que demuestra que la Ciencia actual, hasta aquella parte de la misma que más alardea de sus tendencias materialistas, se aproxima día por día hacia nuestro campo, obligada por la inflexible lógica de tener que dar solución á hechos, que de otro modo resultan inexplicables. Es lástima que la extensión de tan preciada labor dificulte su publicación en esta Revista, puesto que al ser reproducida en fragmentos y á larga distancia, perdería gran parte de su interés. Según tenemos entendido, se le dedicará un folleto especial.

\*  
\* \*

#### HECHICEROS DEL THIBET

«Estas gentes hacen uso de la micromancia, y por su arte infernal ejecutan los más extraordinarios y engañosos encantamientos que se hayan visto ó de que se tenga noticia. Hacen levantarse tempestades, acompañadas con resplandores de relámpagos y truenos y producen muchos otros efectos milagrosos».—MARCO POLO. (Cap. xxxvii de sus *Viajes*).

Por lo tanto conocieron y manejaron la electricidad.

\*  
\* \*

#### LA CREACION

Dios sólo ha creado al ser imponderable. Lo hizo radiante, hermoso, adorable, cándido—pero imperfecto; sin lo cual, siendo igual la criatura á su creador, en la misma altura—esta perfección, perdida en el infinito—se habría mezclado y confundido con Dios,—y la creación á fuerza de claridad—hubiera entrado de nuevo en él y no hubiera existido.—La santa creación en donde el profeta sueña para existir, oh profundidad! debía ser imperfecta.

Luego, Dios hizo el universo, el universo hizo el mal.—VICTOR HUGO.—(*Las Contemplaciones*. VII pág. 210-211.)

\*  
\* \*

En concepto de curiosidad copiamos el siguiente suelto del «A B C» correspondiente al 16 de octubre último:

«La verdadera traducción de la palabra portuguesa *necessidade* es adversidad ó infortunio».

«Dicha morada real fué construida á mediados del siglo XVIII, por el rey Juan V, sobre el emplazamiento de la antigua ermita de Nossa Senhora das Necessidades, cuyo auxilio se imploraba en las grandes adversidades de la vida».

«El Palacio ha justificado el nombre que le impuso su fundador, (\*) pues vió morir en menos de nueve años, á la reina María II de la Gloria, la reina Estefanía, el rey Pedro V y los príncipes Fernando y Juan».

«Tan repetidas desgracias, ocurridas desde 1853, determinaron al Municipio de Lisboa á enviar una comisión durante la Navidad de 1861, al joven monarca Luis I, para rogarle que abandonase el Palacio nefasto. El rey accedió, y fué escoltado aquella misma noche al Palacio de Caxias por millares de personas que lo vitoreaban frecuentemente».

El rey Don Carlos I volvió á hacer del Palacio de la Adversidad su residencia oficial de Lisboa.

En la memoria de todos está la trágica muerte del monarca. Su hijo, el rey Don Manuel II, fué sorprendido en ese mismo Palacio por la noticia de la revolución que le arrebató el Trono, y contra el Palacio de la Adversidad dispararon los barcos sublevados las primeras granadas de sus baterías.

Vese, pues, que la triste mansión ha justificado su nombre.

\* \* \*

## NUEVOS FENOMENOS DE TRANSMUTACION

(De la revista francesa *La Nature*)

Es sabido que la emanación del radium se transforma espontáneamente en gas helium. Este es un fenómeno de transmutación, que actualmente parece indiscutible, á menos de que el radium, en lugar de ser un cuerpo simple, sea un compuesto. Sir William Ramsay, por la acción de la emanación sobre sulfatos y nitrato de cobre, había creído constatar la formación de lithium. Pero sus resultados no han podido confirmarse por nuevas experiencias efectuadas por Mme. Curie y Mlle. Gleditsch, después de la eliminación de causas de error que han podido entorpecer las experiencias de Ramsay.

Sir W. Ramsay señala entre tanto una serie nueva de transmutaciones extremadamente curiosas. Sus experiencias han sido llevadas á cabo sobre el thorium, que es igualmente radioactivo, con la idea

---

(\*) Ahora sería interesante, y tal vez no poco instructivo, el conocer cuál fué la causa por qué le puso su fundador tal nombre al Palacio.

preconcebida de encontrar el helium en los productos residuales engendrados por ese cuerpo. 270 gramos de nitrato de thorium puro, fueron disueltos en 300 centímetros cúbicos de agua en un globo. Mediante repetidos vacíos, fueron eliminados todos los gases del globo. El cuello recipiente era capilar y cerrado por una excelente llave de fuente; para impedir cualquiera entrada de gas del exterior, se introdujo un poco de mercurio en el globo, y después se volvió con el cuello hacia abajo, dentro de un cubo de agua. El mercurio, relleno entonces el tubo capilar, formando un tapón hermético que impedía el contacto de la solución radioactiva con la grasa de la llave de fuente.

Trescientos diez días después, se constató que se habían desprendido gases; para analizarlos se les separó por refrigeramiento en el aire líquido, reconociendo que se había hecho una mezcla de azoe puro y de *ácido carbónico*; recogiendo así 0,622 centímetros cúbicos de anhídrido carbónico. Es este un hecho extremadamente notable y que de no haberse producido sin conocimiento del operador alguna introducción de gas agregado primitivamente al aire, propendería á probar que el nitrato de thorium engendra el anhídrido carbónico: ó dicho de otro modo, que el *carbono es uno de los productos de la degradación del thorium*.

En una serie de experiencias, Sir W. Ramsay experimenta la acción de la emanación del radium sobre el nitrato de thorium, y tomando como precedentemente minuciosas precauciones para evitar toda entrada de aire en los recipientes dedicados á las experiencias. El constata entonces la formación de anhídrido carbónico.

La acción de la emanación del radium fué experimentada en seguida sobre el nitrato de *zirconium*; el zirconium pertenece á la misma familia natural que el thorium; el anhídrido carbónico apareció igualmente.

Con el clorato de plomo, observó Ramsay, en las mismas condiciones, la formación de una pequeña cantidad de anhídrido carbónico, mas en cantidad insuficiente para poder ser demostrado.

La emanación obrando sobre el perclorato de bismuto da lugar todavía en este caso á una formación de anhídrido carbónico.

Si resulta curiosa la aparición de estos fenómenos, no deja de ser inquietante el ver reproducirse así, cualquiera que sea el metal sobre el cual se opere, el mismo gas, en suma muy trivial. Por el pronto, sería prematuro aventurar una conclusión categórica. Como lo dice Sir William mismo: «muchas otra exsperiencias deben realizarse, antes que se pueda afirmar con confianza, que ciertos elementos sometidos á la acción de la *energía concentrada*, sufren una degradación que les transforma en carbono.

\*  
\*\*

Por su originalidad y buen espíritu, aunque difiere de nuestro modo de comprender cuanto se relaciona con la Causa primera y sus procedimientos, damos publicidad al artículo

### LA RESURRECCION DE LA CARNE

Sonaron las trompetas, resucitó la carne, y la humanidad en inmensa legión y como arrastrada por violentísimo huracán, acudió á prosternarse ante el divino Juez. Y el Juicio comenzó, sin que de él se librasen ni los que antes de llegar al uso de la razón habían muerto.

Frente al divino tribunal fueron desfilando todos, hombres y mujeres, con el bagaje de sus culpas, que los ángeles ponían sobre un platillo de la balanza, á la vez que en el otro colocaban las buenas acciones; y en tabletas de diamante escribían con rayos de luz las sumas de los pecados y de los méritos y el saldo á su favor ó en contra que resultaba, presentándose después al Señor.

Y Él, con sublime ademán, hacía surgir otro signo aritmético al pie de los números escritos, y realizando rapidísima operación de cálculo dictaba al punto la sentencia.

Mas los pecadores y los mismos Angeles vieron con asombro que más de uno y de ciento y de mil que en la primera cuenta resultaban condenados, iban por virtud de la segunda caminito del cielo; mientras que no pocos cuyo saldo á favor hacía esperar que se les abriesen las puertas de la Gloria, tomaban la cómoda vía que conduce á la eterna condenación.

Y el Señor, que todo lo observaba, habló y dijo así:

Os asombráis pobres criaturas al ver que mis cuentas no se ajustan á las que los Angeles hicieron, y es que no sabéis mis matemáticas. Un signo que yo sólo puedo poner, altera todos vuestros cálculos: ese signo es el coeficiente determinado por la educación, el temperamento, la ley de herencia fisiológica, el medio ambiente, la infinidad de circunstancias que rodean al hombre, las fuerzas que por ley natural obran sobre su voluntad y su razón.

Ved ahí en ese grupo de bienaventurados, un ladrón, una ramera, un asesino, algunos paganos y un ateo; y en esa otra parte, entre los precitos, un hombre á quien juzgasteis bueno, una virgen consagrada á mí, un eremita que murió según vosotros en olor de santidad. ¡Pero no sabéis, como sé yo, cuál es el coeficiente que estampé en la cuenta de cada uno!... En la del ladrón, la miseria y el abandono social; en la de la cortesana, el vicio ajeno que la empujó más que la maldad propia; en la del asesino, el alcoholismo de sus padres que engendró su maldad y armó su brazo. Y esos que á su lado están, adoradores han sido de otro Dios, es verdad, pero ignoraban mi existencia, á ellos no llegó mi palabra ó su cerebro no tuvo capacidad para

comprenderme; más fueron justos, y sin conocerme, ó conociéndome con otro nombre y apariencia predicaron el bien tal y como se les había enseñado.

Y aquel que reputasteis por bueno, hizo de la conveniencia virtud y no tuvo caridad para las faltas ajenas; y la castidad de aquella virgen fué un caso de la más completa anafrodisia.

La duda que envenenó vuestra vida terrenal aun os agobia al ver que perdoné á quien me negó y consagró su talento á combatir la idea de mi existencia. Es así: ofuscada su razón por falsas doctrinas, no creyó en mí ni en mi justicia; mas en medio de su ceguedad, sin esperanzas de castigo ni de premio, realizó el bien, y pensando aborrecerme hubo de amarme en mis criaturas amando á sus prójimos y practicando la caridad. ¿No le he de perdonar? En cambio condeno al que tuvisteis por santo y sólo fué el mayor de los egoístas. Creyó en mí, ciertamente, y me *temió* mucho y dedicó su vida entera á procurar su salvación.... mas no por amor á mí, ni á los hombres, sino por amor á sí mismo. Aislándose del mundo mortificó sus carnes, obra mía; quebrantó las leyes de conservación que yo promulgué, y si hubiera podido sacrificara los cielos y la tierra y hasta á su Dios al fin exclusivo de su egoísta felicidad.

Así habló El, llenando su palabra de armonía inefable los ámbitos del mundo. Y el coro celestial y la humanidad congregada exclamaron á una voz: ¡Infinita es Señor Tu caridad!

—No la llameis mi caridad, añadió el divino Juez; dadle su verdadero nombre: mi justicia.

\*  
\*  
\*

De la revista *Natura*, de Montevideo, correspondiente á junio último:

#### LEYENDO A VERESSAIEF

##### ALGUNAS PALABRAS SOBRE LA MEDICINA ORTODOXA ACTUAL

*Un nuevo nombre ruso, mundial.—Veressaief y la literatura rusa, en castellano.—Quien es Veressaief.—El Hospital; la experimentación; una ciencia experimental sabia é impotente.—Lo que se sabe; escuelas médicas.—La moda en la medicina; las «novedades»; unos cuantos fracasos célebres.—El «efecto» tomado sistemáticamente como «causa».—El mal que parece provenir de unos cuantos, es producto de toda la sociedad.*

Para el eminente Doctor é investigador  
JUAN LÓPEZ DE REGO, Médico del porvenir, que  
anacrónicamente vive en nuestros días.

#### UN NUEVO NOMBRE RUSO, MUNDIAL

Entre los diversos nombres que Rusia ha lanzado modernamente á la ávida curiosidad europea, uno, el de VERESSAIEF—*Dr. V. Szmi-*

*dowicz*—ha venido á ser mundial rápida é inesperadamente, merced á una obra modestísima, sin pretensiones literarias y que apenas estaba destinada á la publicidad.

Rusia tiene este curioso privilegio. Pueblo poco conocido y aislado; dotado de una lengua difícil; poblado por razas, algunas, de atomismo mogol; apartado de Europa, geográfica, etnológica y filológica—produce, sin embargo, como por estallido, cristalizaciones mentales sorprendentes. De entre la bruma de sus ciudades—nihilismo, Siberia y knut; aparte—brotan efloraciones que se imponen. Recordad algunos nombres y vereis con sorpresa que sois deudores de muchos soportes mentales á este pueblo tan poco conocido.

Deseo reconocerlo hoy que intento hablar de uno de sus hijos, de Veressaief, en quien he hallado admirablemente expuesta la protesta más personal que conozco contra la pseudo ciencia ortodoxa de nuestros días: este «pueblo bárbaro» que no es sino un conglomerado de razas en espera de fusión, <sup>(1)</sup> nos reserva grandes sorpresas. Y Veressaief es un anticipo. Estudiémosle.

\* \* \*

El autor de *Las Confesiones de un Médico*,—obra parangonada con las de Zola y Tolstoi—ha sido traducido por segunda vez al castellano. <sup>(2)</sup> La primera versión—casi agotada—apareció en Madrid en la biblioteca «Rodríguez Serra» entre otras obras de éxito: la *Tetralogía*, de Wagner; *Los Jardines de las Reinas*, de Ruskin; *Salomé*, de Oscar Wilde; *Las Afinidades Electivas*, de Goethe; *El Budhismo Esotérico*, de Sinnett; <sup>(3)</sup> y otras.

La segunda versión ha aparecido en América, publicada por esta misma Revista y prolongada y anotada por un ilustre correligionario. No será la última.

#### VERESSAIEF Y LA LITERATURA RUSA, EN CASTELLANO

Aparte del éxito que tiene la obra de Veressaief desde el punto de vista científico, posee además para los amantes de lo humano y del arte, el de venir á enriquecer—joya valiosa—el abundante contingente de literatura rusa traducida al castellano.

Resulta que tal literatura tiene entre nosotros numerosos y selectos admiradores. Hay obras, una de tema eslavo, descritas por nuestros grandes críticos. (*La Novela y la Revolución en Rusia*). Gogol y

---

(1) Esta fusión tendrá lugar el día que se agote el germen mogol de crueldad y de suplicio. En ese día brillará en las llanuras eslavas, la más inmaculada *pureza aria*, que ya hoy mismo ilumina á ciertos precursores geniales.

(2) El doctor Díaz Pérez ha creído ver una nueva traducción, lo que no es más que una reimpresión comentada y prolongada por nosotros.—N. DE LA D.

(3) Traducido y comentado por los inolvidables laboradores señor Marqués de Montoliu y don José Melián.

Puschine, editados en bibliotecas populares, son leídos desde hace más de veinte años. Tolstoi, Turguenef y Dostoyusky, están casi íntegramente traducidos. Socialistas y rebeldes han propalado de tal modo á Bakunine y Kropotkine, que sus obras son en España un devocionario del obrero. Africano Alejandrowich Spir, el original maestro de Tolstoi—está en las colecciones filosóficas vulgares. Las bibliotecas «económicas» han llevado hasta los últimos rincones de la Península, los nombres de Usevolod Garchine, de Tchekhov, de Gorky, que son anunciados en curiosa mezcolanza con los de Valera, Pereda, Galdós, Valdés y otros. Es más, los aficionados iberos á la novela reconstructiva, van olvidando á Lytton, Ebers y aun á Flaubert, por Merejkowsky. Novicow es conocido, entre otras razones, por haber codirigido con el sueco Björnson y con el filósofo Salmerón, *L'Europeen*<sup>(1)</sup>. Y en arte mismo, cuando la célebre *Capilla Rusa* dió á conocer en Madrid la música eslava arcaica, fué tan admirada como lo fué Tchaiskowsky y las gigas rusas. Ultimamente se tradujo una *Historia de la Literatura Rusa*, la de Valinewsky... Y por si todo ello no fuese suficiente, los teósofos hemos trasladado al castellano, íntegras, las producciones de aquel gran intelecto, desideratum de laboriosidad y originalidad que se llamó Helena Petrowna Blavatsky, la autora de *The Secret Doctrine*, *Isis Unveleid*, y tantas otras obras leídas en todas las lenguas por miles de discípulos de la célebre princesa de Ekaterinoslaw...

No era pues exagerado Gómez Carrillo cuando decía: «Gracias á la curiosidad inteligente de la Pardo Bazán y otros escritores castellanos, la literatura rusa, ha dejado de ser, para nuestro público, un misterio exótico y lejano. Las traducciones de Tolstoi abundan en las librerías de Madrid tanto como las traducciones de Zola. Y cada vez que en San Petersburgo aparece una obra nueva, los periódicos de España hablan de ella como si se tratase de una producción nacional. Nuestro entusiasmo por las letras eslavas es apasionado. Entre las literaturas modernas de Europa, sólo la francesa nos interesa más que la rusa.

Algo semejante acontece en cierta parte de América. De aquí que la obra *Confesiones de un Médico*, haya obtenido el éxito que ahora comienza á trascender públicamente.

Veamos si lo merece.

#### QUIÉN ES VERESSAIEF Y QUÉ ESTUDIA

Veressaief es un amante, romántico, artístico y profundo, de la verdad que protesta del mercaderismo que generalmente impide la visión de ésta. Pero las palabras están gastadas: podría creerse que

(1) El célebre *Courrier International Hebdomadaire*, París, 24, Rue Dauphine.

Veressaief ama la verdad enteléquica, abstracta, cuando lo que él anhela es la viviente, la que nos rodea cada día y vemos á todas horas, aunque ignorándola sin embargo. Todos «aprendemos» en la cátedra, infinitas cosas que ó las sabíamos ya ó que no las sabremos jamás, ni antes, ni después de «aprendidas». Y no nos llama la atención esto que nos parece cosa natural. Tomamos de los conocimientos que nos exigen, aquello que vale no «para la vida»—¡aun esto sería algo!—sino para la simulación del conocimiento: la apariencia *A* ó *B* que equivale al resultado académico ó social *H* ó *X*. A pocos es dado, sopena de extraviarse—y sobre todo de «desacreditarse»—investigar sobre las cosas á medida que van presentándose al intelecto. El análisis es una rebeldía; es el escepticismo... Y por huir de él, caemos en el dogmatismo científico que es más absurdo que el religioso. Cuando estudiamos matemáticas, si acaso llegamos á saber verdaderamente qué es un binomio ó una parábola y para qué sirve, es un milagro. Cuando estudiamos historia no llega á nosotros sino «el cuento» histórico. Sólo si, por azar, y temerariamente, ensayamos alguna vez la crítica de nuestros conocimientos, entreabrimos las puertas del saber... Y este es el caso de Veressaief, caso el más curioso que ha producido la psicología profesional moderna: el de un hombre que *antes y después* de estudiar Medicina se reconoce con la misma imposibilidad é incapacidad para curar, y ¡lo dice!... El autor de *Las Confesiones de un Médico*, resulta, pues, un analista indomable que viviendo en perpetua «revisión de sus valores» profesionales, lealmente, con la mano en el corazón y con dolor, nos declara que él, y como él muchos, nada saben sobre nosotros, no obstante ser los dueños de nuestras vidas!

Sus ingenuas *Confesiones*—que sólo podrían tener rival en las del gran Rousseau—son emocionantes y conmovedoras; afectan á nuestra existencia. Veressaief es un médico de sabio intelecto, que ha estudiado tanto por lo menos como el que cura á nuestra mujer ó nuestros hijos; y él dice que no sabe; que es punto menos que imposible saber algo. Y lo grave del caso es que en verdad Veressaief no es un sectario, ni el partidario de una tesis deseoso de probarla; sino un hombre que se limita á escribir su vida: sus errores: sus deficiencias é incapacidades, de las que él se da cuenta porque es un analista, ¡de las que los demás médicos ni hablan por forzosa conveniencia y por ignorancia! Pero examinemos el caso.

Veressaief ejerce siete años la medicina. No es un simple practicante. El dice que es un médico de conocimientos vulgares. ¡Pero como él, y aun peores, los hay que ejercen y que hasta llegan á tener clientela, es decir: á ser dueños de la salud y de la vida de una institución, de un distrito, de una ciudad! Es pues sencillamente un hombre que carece de osadía; que no tiene ese gallardo cinismo que suelen proporcionar la amoralidad y la ignorancia. Está perdido!

La primera y más perniciosa circunstancia que se le pone en contra, es que no llega «á ese grado de *endurecimiento profesional* al que se arriba más ó menos tarde en todas las carreras».

¡El «endurecimiento» profesional! Es decir, el acorchamiento del espíritu, la insensibilidad ante el dolor; la indiferencia ante la equivocación lamentable que puede costar una vida; el encallecimiento ante el frecuente fracaso que sólo es visible en la alcoba; la muerte producida por torpeza, rápidamente ó á plazos... Veressaief no llega ni á la conquista del famoso «endurecimiento». No logra acallar jamás sus escrúpulos; no puede embotar la intensidad de sus impresiones; agota en cada caso que se le presenta—no pocas veces estérilmente—todos sus recursos; es un médico á quien cada enfermo le inquieta, le persigue, porque no ve en él al paciente recetable sino al hombre á quien *hay que curar*, al que por lo menos *debe* curar y al que probablemente no curará!

¡Y sin embargo, Veressaief *sabe!* El ha estudiado, ha trabajado. Muchos médicos inferiores á él, conozco, que viven orondos y satisfechos y hasta respetados. ¿Estudiaron más que Veressaief? No; llegaron á lo del «endurecimiento». Es curioso oír contar á Veressaief sus recuerdos de estudiante. Indudablemente no valía para el caso. Cuando comienza á cortar carne humana en las mesas de disección, á separar músculos, á encontrar nervios, seguirlos, á didipular á través de arterias y tejidos, la carne humana: carne semejante á cualquiera otra, igual á la que se ve en los festines en forma de chuletas; vista por él *ya científicamente*, deja de ser aquel informe aglomerado de filamentos grises y se transforma en algo respetable y casi sagrado. Los músculos, ¿son órganos transmisores de esa fuerza que se muestra en el movimiento? ¿son engendradores? ¿cómo son á su vez engendrados? La disciplina científica le lleva, frente á cualquier problema á infinitas conclusiones y á cualquiera de ellas, por infinitos caminos. ¡Oh qué ciencia hermosa! ¡Qué inmensos horizontes! Veressaief desea consagrar su vida entera al estudio, al trabajo. Pero... resulta que hay que curar y... esto es otra cosa! Veressaief se hace observador, analista, no desmaya. Se transforma en investigador escrupuloso. La crítica experimental y comprobatoria, ese arte de sentido común que tanto nombre dió á Claudio Bernard, le guía con seguridad en sus pequeñas conquistas, en la adquisición de sus conocimientos rigurosamente basados en la previa comprobación, según ritual...

Y sin embargo ¡qué resultados! Examinémoslos por orden.

EL HOSPITAL.—LA EXPERIMENTACIÓN.—UNA CIENCIA, EXPERIMENTAL, SABIA É IMPOTENTE.

Veressaief nos habla del Hospital. Para dar una idea de qué impresión produce su lectura, tendríamos que recordar la literatura de

Dostoyuski. Sólo este gran narrador cuando nos describe el presidio, la pena de azotes, ó la vida siberiana, compite en intensidad, en emoción y en realidad con Veressaief. Con este asistimos á los episodios sangrientos de las operaciones, al grito de la parturienta, á la convulsión del tétanos, al espasmo del asmático, que no son en la casa de dolor llamada Hospital, sino un espécimen, tanto más interesante cuanto más espantoso. Con él nos explicamos ese horror de ciertos enfermos al Hospital, donde han ~~ido~~ ~~destrozados~~ en nombre de una enseñanza problemática, muy útil acaso á otros seres, pero no á ellos. Asistamos á una «inspección» entre mil:

«Ante mis ojos se presenta en este instante una sala semiobscura. Es la hora de la visita vespertina. Nosotros, estetoscopio en mano, nos agrupábamos, rodeando á un interno que nos mostraba sobre un enfermo, la respiración estertorosa. El paciente obrero estaba en el último grado de la tisis; su rostro, excesivamente flaco, estaba violáceo; respiraba á prisa y superficialmente; en sus grandes ojos, fijos en el techo, leíase un intenso sufrimiento...

—Si apoyais vuestros estetoscopios en el pecho del enfermo— explica el practicante—y al mismo tiempo dais unos golpecitos así— los da—oíreis un ruido franco, sonoro, metálico, que se llama *anfórico*. —Usted primero, amigo,—continúa dirigiéndose á un estudiante—y luego ordena al enfermo:—A ver; ponte de lado, incorpórate, siéntate!...

Ofrecen brutal contraste aquellos padecimientos solitarios, con las explicaciones que motivan. Con frecuencia el enfermo es muy sensible á ellas. Los enfermos graves y que por ello, son precisamente más importunados como «casos preciosos», se afectan mucho...»

Recordaba leyendo á Veressaief, el capítulo de Dostoyuski, sobre el hospital en su *Novela del Presidio*:

«Muchos son los médicos que disfrutan del afecto del pueblo... Se que mis palabras parecerán paradójicas, sobre todo si se considera la desconfianza que ese mismo pueblo siente por la medicina... Prefiere, aún padeciendo graves enfermedades entenderse con una hechicera, ó valerse de remedios caseros—no despreciables por otra parte—á consultar á un doctor ó á presentarse en el hospital...

\*  
\*  
\*

He aquí el primer tropiezo. O hay que estudiar sobre el cadáver, ó en seres enfermos—y generalmente á costa de ellos—para «curar» á otros. Y esto que parece, aparte de fatal, la cosa más natural y lógica del mundo, engendra sin embargo un sinnúmero de aberraciones. Porque habituado á ello, el médico termina por no ver al enfermo sino como á un ejemplo, en el caso de que sea estudioso, y si no lo es, como un problema, en muchas ocasiones insoluble! Y hé aquí al enfermo transformado en víctima; ya del médico novel y tímido por... deficien-

cia, ya del habituado y práctico por... exceso! Víctima que á lo sumo sale de las Salas, paliada, casi nunca curada, y cuya salud futura quedará tan desconocida para los alumnos como la de un habitante de Marte.

(Continuará)

DR. VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.

(Asunción-Paraguay)



RAJPUT PRESS

Publishers of Books and Circulars on Theosophic, Masonic, Philosophic and allied Topics. A PRIMER OF THEOSOPHY will be mailed to any post-office in the world for 15 cents.

103 State Street, CHICAGO, Illinois.

